

cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. En lo que, como dije, el misterio de la Eucaristía tiene algo de semejanza con el de la Encarnación; pues que tanto en el uno como en el otro lo que es divino se nos comunica por el medio de una sustancia terrestre, es decir, la divinidad del mismo Jesucristo por el medio de una carne humana; y esta carne, donde la divinidad habita, por el medio del pan que se emplea para formarla, como en dicha oración está explicado. Por cuya razón no hay dificultad alguna en decir que este sacrificio es un sacrificio de pan y de vino, porque se hace de uno y de otro; un sacrificio, por consiguiente, según el orden de Melquisedec, en el que se ofrece aun pan y vino, como todos los Padres han creído que Melquisedec lo hizo, aunque Jesucristo haya en él añadido su cuerpo y su sangre; lo que Melquisedec no pudo hacer, por ser el suyo solo figura del nuestro: motivo por que añado, digo, su cuerpo y su sangre, que son la misma verdad, pero que aun esconde bajo las apariencias de pan y de vino, á fin de que la verdad conserve aun alguna cosa de la figura que tenía.

SEGUNDA PARTE DE LA MISA.

CAPÍTULO XIV.

DE LA PRIMERA ORACION DEL CÁNON.

Antes de entrar en la explicación de esta segunda parte, cuyos signos y palabras denotan, como dije en otro lugar, la pasión y muerte de nuestro adorado Redentor, no será inoportuno manifestar el motivo por que se llama *Cánon* toda esta parte de la Misa.

Cánon equivale á regla: usa la Iglesia de esta palabra para significar que el *Cánon* de la Misa es una regla fija, según la cual se ha de celebrar el sacrificio del Nuevo Testamento. Walfrido y otros llaman al *Cánon acción*, por cuanto en él se hacen los Sacramentos del Señor: *Actio dicitur ipse Canon, quia in eo Sacramenta dominica conficiuntur. Canon vero eadem actio nominatur, quia in ea est legitima et regularis Sacramentorum confectio.* (Walfrid. De rebus ecclesiast. cap. 22). Motivo por que á la oración *Communicantes* se le da el título de *Infracción*.

Empieza el *Cánon* de la Misa en la oración *Te igitur clementissime Pater*; cuya oración llega hasta *hanc igitur oblationem*;

pues *Memento Domine, Communicantes et memoriam venerantes*, no son diversas oraciones, sino parte de la primera, como se deduce de la cláusula *Per eundem Dominum nostrum*, que se pone al fin de todas las oraciones; á mas de esto, considerada aislada la oracion *Communicantes*, carece de todo sentido, á no estar unida con las próximas palabras que preceden.

En esta primera oracion se dirigen las preces á Dios Padre: *Te igitur clementissime Pater*. Aunque, pues, se ofrezca el sacrificio á la Trinidad divina, exceptuadas algunas que se refieren á las tres Personas, como son: *Suscipe Sancta Trinitas*, y *Placeat tibi Sancta Trinitas*, todas las demás, segun perpétua consuetud de la Iglesia, se dirigen al Padre por el Hijo en union del Espíritu Santo. En esta primera oracion ruega á Dios el sacerdote por la santa católica Iglesia, por el Sumo Pontífice, por el Obispo, por el Rey, por todos los ortodoxos, y por todos los que siguen la fe católica y apostólica. Contiene dicha oracion las palabras *Sancta sacrificia illibata*, esto es, santos sacrificios *inmaculados*, los que deben ofrecerse sin mancha de corazon ni de cuerpo; purificándose el primero de la iniquidad, y el segundo de la inmundicia. (Innoc. III, de Off. Miss. lib. 3, cap. 3).

Despues de haber orado el sacerdote por

la Iglesia católica, verifica lo mismo por el Sumo Pontífice; porque « la unidad sacerdotial, segun san Cipriano, proviene de la « cátedra de san Pedro. » El orar por el Papa en el *Cánon* es costumbre antiquísima, cuyo principio no se puede indicar; pues existen leyes del sexto siglo, que mandan se renueve nombrar en el *Cánon* al romano Pontífice: « Nobis justum visum est, ut non « men Domini Papæ, quibuscumque apostolicæ Sedi præfuerint, in nostris ecclesiis « recitetur. » (Concil. Vasense, ann. 529, can. 4).

En la primera oracion se hace tambien mencion del Obispo, segun el precepto del Apóstol que dice: *Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri* (Hebr. XIII); luego debemos orar por ellos. No puede el sacerdote que celebrare Misa en otra diócesis nombrar á su Obispo, sino que debe ser el propio de la diócesis donde se encuentra.

En ciertos reinos se ora tambien por el Rey, segun tradicion apostólica; pues leemos en la primera carta del segundo capítulo que san Pablo escribe á Timoteo: *Orationes esse faciendas pro Regibus... etiamsi infideles sint, cujusmodi erant illi, qui illis temporibus imperabant.*

Finalmente ora el sacerdote en la misma oracion por todos los fieles: *Et omnibus or-*

todois, atque catholica et apostolica fidei cultoribus. Pues despues de haber orado el sacerdote generalmente por la Iglesia universal, y en particular por el Papa, por el Obispo y por el Rey, es muy justo y razonable ore por todos los demás fieles, ya sean príncipes, ya hombres privados. Continúa luego orando por los que intenta aplicar el sacrificio; cuyos nombres no pronuncia, sino que los tiene presentes en su ánimo cuando dice: *Memento Domine famulorum famularumque tuarum...* y tambien ora por los que asisten al sacrificio, cuando añade: *et omnium circumstantium, pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis.* En explicacion del verbo *offerro* debe notarse que cuando se dice que los legos pueden ofrecer, debe entenderse *regalos* y *oraciones*, porque la celebracion es solo propio del sacerdote.

Communicantes...

Como dijimos arriba, estas palabras *Communicantes et memoriam venerantes...* son parte de la primera oracion del *Cánon*, las que se unen con aquellas *Supplices rogamus et offerimus.* La voz *Communicantes* significa la union de los Santos que están en el cielo con los fieles que moran en la tierra; por los que ora la Iglesia; y para que sean sus súplicas atendidas, hace el

celebrante mencion, en nombre de la misma, de la virtud, méritos y gloria de los primeros; pues muchas veces hace Dios por sus Santos lo que no podíamos esperar haria por nosotros. Motivo por el que imploramos primero, como á mas santa de todas las criaturas, la intercesion de la bienaventurada Virgen María, de los santos Apóstoles, de algunos Mártires, y de todos los demás Santos; la intercesion de estos no quita cosa alguna á los méritos de Cristo, pues que siempre concluyen las oraciones con las palabras: *Per Christum Dominum nostrum.*

Vamos ahora á desvanecer la objecion de los Protestantes, manifestando no hay dificultad alguna para asociar los Santos á esta oblation á fin de emplear su intercesion.

Quando pedimos que este sacrificio, agradable á Dios por su propia institucion y por su Autor, le sea aun mas agradable por las oraciones de sus Santos, no pedimos otra cosa sino que el agradecimiento que viene de la misma cosa se una con el agradecimiento que viene de parte de los que se unen con nosotros para ofrecérsele: por esto siempre se concluye, como dije: *Por Jesucristo Señor nuestro*; á fin de que entendamos que á la verdad hay en el cielo intercesores que ruegan y ofrecen con nosotros, aunque no sean escuchados por sí

mismos sino por el grande intercesor y mediador Jesucristo, por quien solo todos tienen entrada, tanto los Ángeles como los hombres, tanto los Santos que reinan como los que combaten.

Y á fin de comprender de una vez cuál es el espíritu de la Iglesia en esta intercesion de los Santos, no hay mas que leer este prefacio de una Misa que se encuentra en un volúmen que tiene mas de mil años: «Ó Señor, este bienaventurado Confesor «descansa entre tanto en vuestra paz: ins-
«piradle, pues, ó Dios misericordioso, in-
«terceda por nosotros cerca de Vos; á fin
«de que, teniendo seguro conocimiento de
«su propia felicidad, lo hagais cuidadoso
«de la nuestra: por Jesucristo nuestro Se-
«ñor.» (Mabill. Musæi Ital. t. 1, part. 2, p. 348).

Débase notar que solo por Jesucristo se pide á Dios, no solo el efecto de las oraciones que hacen los Santos, sino también la inspiracion y deseo de hacerlas. Dicen los Protestantes que para nada necesitamos á los Santos, sino que debemos dirigir á Dios inmediatamente nuestras oraciones; pues ¿no sabe Dios, añaden, nuestras necesidades? ¿Ignora acaso lo que queremos cuando oramos? ¿y no es él mismo quien nos inspira nuestras oraciones? ¿Por qué, pues, se le ha de pedir por medio de otros? y ¿por

qué suplicar á nuestros hermanos rueguen por nosotros? ¿Lo harán estos del modo debido, si Dios no les inspira la voluntad? ¿Á qué viene este círculo para con Dios? ¿no es mas propio y corto no hacer semejante cosa...? Á los tales debe responderse que Dios, no obstante todo esto, quiere se le pida y se le suplique por medio de otros; pues aunque no tenga el Señor necesidad de nuestras oraciones para remediar nuestras necesidades, ni para saberlas, siempre resulta un gran bien para nosotros orando de este modo, pues que haciéndolo así llegamos regularmente á ser mejores: tampoco es esto un círculo inútil, sino un puro y sincero ejercicio de caridad que Dios honra y aprecia constantemente, cuando él mismo inspira ó escucha tales oraciones. Y porque quiere establecer una perfecta fraternidad entre todos los que él quiere hacer felices, ó en el cielo ó en la tierra, él mismo inspira no solo á los fieles, sino también á los Ángeles y demás Santos, el deseo de rogar por nosotros, por ser esto una perfeccion para los Santos, que son nuestros semejantes, el interesarse por nuestra salvacion; y otra perfeccion para los Ángeles el amar y reverenciar en nosotros la naturaleza con la que el Hijo de Dios ha unido su divina persona. Nosotros podemos, pues, pedir á Dios que él mismo les inspire estas oracio-

nes que lo honran, porque podemos pedirle todos los medios de los que gusta servirse para manifestar su gloria; pero es menester pedirselo por Jesucristo, por quien solo nos viene todo bien.

Queda ya, pues, probado que empleando á los Santos por intercesores no se disminuye en nada la intercesion de Jesucristo, sino que se unen con nosotros para hacer nuestra oblacion, en cuanto á nuestra parte, mas santa y mas agradable.

Por qué se ofrece el sacrificio en honor de los Santos.

Tambien encuentran extraño los Protestantes el que ofrezcamos á Jesucristo, ó sea el santo sacrificio, para honrar á los Santos; ignorando que solo lo hacemos para celebrar su memoria, y dar gracias á Dios de la gloria que él les ha dado; lo que proviene de no hacer reflexion sobre la naturaleza de este sacrificio. Pues ¿por qué se ofreció Jesucristo sino para merecernos la gloria? ¿Qué otra cosa mejor podemos nosotros ofrecer á Dios en accion de gracias para los Santos sino la misma victima por la que han sido ellos santificados?

En efecto, celebrando en este sacrificio la memoria de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo han aprendido los Mártires á despreciar su vida y á hacerse con él víctimas

del eterno Padre. No hay, pues, cosa mas conveniente que honrar en este sacrificio las virtudes que son su efecto y su fruto: el honor que se da en él á los Santos de ser nombrados en su santo altar, delante de Dios, es en accion de gracias y en eterna memoria de las maravillas que él mismo ha operado en ellos.

Es á la verdad ser demasiado grosero, y tener el entendimiento muy cerrado á las cosas celestiales, para no ver que el honor que se da á los Santos no es tanto para honrar á ellos como para honrar á Dios, quien *es admirable en los mismos.* (Psalm. LXVII, v. 36). «Cuya muerte es preciosa en su presencia, que no cesan de bendecirle y de cantarle que él es su gloria, su salud, su esperanza, la gloria de su virtud; aquel de donde les viene toda su fuerza, y el único que les eleva.» (Psalm. LXXXVIII, 17, 18). De lo que se ve claramente que si ofrecemos para los Santos, es para celebrar la grandeza y el poder de Dios por las gracias que de él recibieron. Esta es la verdad que la Iglesia nos inculca, y para especificar ó describir todos los modos como ella explica se necesitaria escribir un Misal entero.

Explicacion de las acciones.

Falta ahora explicar las principales ac-

ciones que se practican en esta primera oracion, como son: ósculo de altar, manos unidas, y los tres signos de cruz sobre la hostia y cáliz, cuando el sacerdote dice: *Hæc dona, hæc munera, hæc sancta sacrificia illibata.*

El ósculo de altar, como dije en el capítulo VII, representando el sacerdote al pueblo fiel, es como si dijera en persona de la Iglesia: «Únase Cristo á mí en este Sacramento.» Une sus manos y se inclina, para imitar la humildad de Cristo: respecto á los tres signos que en forma de cruz hace el sacerdote sobre la hostia y cáliz al decir: *Hæc dona, hæc munera, hæc sancta sacrificia illibata*, decimos son verdaderas bendiciones, por las que se invoca la omnipotencia de Dios, á fin de que el pan y vino ofrecidos se conviertan en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Toda bendicion va acompañada del signo de la cruz, para que tengamos siempre presente en nuestros ánimos la pasion de nuestro Redentor. Los tres signos de cruz significan que este misterio se hace por la santísima Trinidad. San Buenaventura, tratando sobre el particular, dice: «Que el primer signo sobre las palabras «*Hæc dona* significa la primera entrega que «Dios Padre hizo de su Hijo, segun dice el «Apóstol: *Proprio Filio suo non pepercit* «*Deus, sed pro nobis omnibus tradidit illum;*

«que el otro signo á las palabras *Hæc munera* indica la entrega que el mismo Cristo hizo por nosotros, que segun Isaias: «*Tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est;* finalmente, que «el tercero á las palabras *Hæc sancta sacrificia illibata* significa la entrega que «hizo Judas de su Maestro en manos de sus «enemigos: *Qui autem tradidit eum, et dedit illis signum dicens, quemcumque osculatus fuero...*» (Matth. xxvi). (Div. Bonnav. in exposit. Miss. cap. 4, tom. 7, edit. Lugdun. ann. 1668).

CAPÍTULO XV.

DE LA SEGUNDA ORACION DEL CÁNON.

Empieza la segunda oracion del Cánón en las palabras *Hanc igitur oblationem*, la que contiene cuatro súplicas: Primera, que Dios reciba con agrado nuestra oblacion; segunda, que disponga nuestros dias en su paz; tercera, que nos libre de la eterna condenacion; cuarta, finalmente, que seamos nombrados entre el rebaño de sus elegidos.

Es preciso notar, para rechazar las calumnias de los herejes, que cuando en estas oraciones que anteceden á la Consagracion se hace mencion de la oblacion, no enten-

demos la oblacion que ya se hizo, sino la que próximamente va á verificarse; de modo que aquel signo demostrativo *Hanc oblationem* no designa al sentido la presente materia que se tiene delante los ojos, sino que al entendimiento designa la oblacion que va á hacerse al momento, y que se tiene presente en la intencion. (Suarez, 3p. t. 3, q. 83, art. 4). San Gregorio, para alcanzar de Dios su auxilio, añadió á esta oracion las palabras: *Diesque nostros in tua pace disponas, atque ab æterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum jubeas grege numerari.*

Creer los Protestantes indignas de una oblacion, siendo el mismo Jesucristo á quien se ofrece, las oraciones de la liturgia. Pero no hay en ellas dificultad alguna, si se examina solamente que la Iglesia, que ofrece el pan y el vino para hacer de ellos el Cuerpo y la Sangre, que si despues ofrece aun este Cuerpo y esta Sangre luego de consagrados, no lo hace sino para verificar una tercera oblacion, por la que se ofrece ella misma.

El sacerdote comienza el primero, y á ejemplo de Jesucristo, quien fue juntamente el sacrificante y la víctima, se ofrece á sí mismo con su oblacion: esto es lo que significa la ceremonia de extender sus manos sobre los dones sagrados, como lo hace

durante toda esta oracion. En otros tiempos, en la antigua ley, se ponía la mano sobre la víctima (Levit. iv) en señal que se unían á ella, y que se dedicaban á Dios con ella: esto es lo que atestigua el sacerdote poniendo sus manos sobre los dones que él va á consagrar, á fin de que con la virtud de su sacrificio alcance de Dios la remision de sus pecados, paz en la presente vida, y luego la eterna gloria.

Todo el pueblo, en nombre del cual obra, entra en su sentimiento, y el sacerdote dice entonces en nombre de todos: «Os supplicamos, ó Señor, recibais esta oblacion «de nuestra servidumbre y de toda vuestra «familia,» de donde aprendemos no solo á ofrecer con el sacerdote los dones propuestos, sino tambien á ofrecernos nosotros mismos con ellos.

La Iglesia explica aun esta oblacion por estas palabras: «Os rogamus, ó Señor, que «recibiendo esta oblacion espiritual hagais «seamos nosotros mismos un presente eterno «no que os sea ofrecido:» *Nosmetipsos tibi perferre munus æternum* (Dom. 2 post Pentec.): lo que la Iglesia repite á menudo con otras palabras; y esta es tambien la doctrina de san Agustin en muchos lugares, cuando enseña que la Iglesia aprende todos los dias á ofrecerse ella misma á Dios en el sa-

crificio que le ofrece. (De Civ. lib. 10, c. 19, tom. 7).

La antigua ceremonia, en la que cada uno llevaba la oblacion por sí mismo, es decir, su pan y su vino, para ser ofrecida en el altar, confirma esta verdad. Pues á mas de ofrecer á Dios el pan y el vino, que es el sustento de nuestra vida, se debe aquí ofrecerse como á cosa que se tiene de él y que se le quiere devolver: los santos Padres han notado en el pan y en el vino un compuesto de muchos granos de trigo reunidos en uno, y un licor de muchas uvas deshechas juntas; y ellos han mirado este compuesto como una figura de todos los fieles reducidos en un solo cuerpo para ofrecerse á Dios en unidad de espíritu, lo que ha hecho decir á todo un san Agustin: Que toda la ciudad redimida era el sacrificio eterno de la Trinidad santísima.

Cuando se llevaba así su pan y su vino, cada uno llevaba tambien, con sus dones, sus votos y necesidades particulares para ser ofrecidos á Dios con ellos; y la Iglesia acompañaba dicha oblacion con esta súplica: «Sed propicio, ó Señor, á nuestras oraciones, y recibid con ojo favorable estas oblaciones de vuestros servidores y servidoras; á fin de que lo que cada uno os ha ofrecido en honor de vuestro nombre apro-

«veche á todos para su salvacion; por Jesucristo nuestro Señor.» (Dom. 5 'post Pentec.).

Aunque esta ceremonia de ofrecer en particular su pan y su vino no subsiste actualmente, el fondo de ella es inmutable; y debemos entender que este sacrificio debe en efecto ser ofrecido en el altar por todos los fieles, pues que para todos ellos asiste en él el sacerdote todos los dias.

Mas cuando los dones están consagrados, y que se ofrece en aquel acto á Dios el cuerpo presente del Salvador, es esta una nueva razon para ofrecerle de nuevo la Iglesia, que es su cuerpo, bien que en otro sentido, y los fieles, que son los miembros de la misma. Sale del cuerpo natural de nuestro Salvador una impresion de unidad para reunir y reducir en un todo al cuerpo místico; y se realiza el misterio del cuerpo de Jesucristo despues de haber unido á todos sus miembros para ofrecerse en él y con él.

Así la Iglesia hace ella misma una parte de su sacrificio; de suerte que este sacrificio no tendrá jamás su perfeccion toda entera que no sea ofrecido por santos.

CAPÍTULO XVI.

DE LA TERCERA ORACION DEL CÁNON.

La tercera oracion del Cónon comienza en aquellas palabras: *Quam oblationem tu Deus in omnibus...* cuya oracion se continúa hasta el fin de la Consagracion. Mirando la Iglesia en esta oracion no solo la oblation del pan y vino en su próxima transustanciacion en el cuerpo y sangre de Cristo, sí que tambien la oblation del sacerdote celebrante, y la de los que están presentes, ora á Dios para que se digne hacerla *benedictam, adscriptam, ratam, rationabilem, acceptabilemque, ut nobis fiat Corpus et Sanguis Unigeniti ejus Filii.*

Cuando decimos *benedictam*, suplicamos que por esta oblation seamos nosotros bendecidos: *adscriptam*, que por ella seamos todos alistados en el cielo: *ratam*, que por la misma nos unamos con las entrañas de Cristo: *rationabilem*, que nos despojamos del sentido de bestialidad: *acceptabilemque facere dignetur*, por cuanto ya que le hemos desagradado en nosotros mismos, seamos bien recibidos por medio de su Hijo único: *ut fiat Corpus et Sanguis...*, esto es, no que ore el sacerdote se verifique la consagracion, sino que sea con fruto para nos-

otros; porque no siempre aprovecha para aquellos que se hace, como en otro lugar veremos.

Las cinco cruces que hace el sacerdote, tres sobre la hostia y cáliz, á las palabras *benedictam, adscriptam, ratam*; y las dos restantes, una sobre la hostia, al decir: *ut nobis Corpus*, y otra sobre el cáliz, diciendo: *et Sanguis fiat*; juzgan algunos significan á Cristo crucificado, segun la carne, en los cinco sentidos: en la vista, cuando le vendaron los ojos; en el oido, cuando fue insultado y burlado; en el gusto, al propinarle hiel y vinagre; en el olfato, por el fétido olor de los cuerpos corrompidos del monte Calvario al clavarlo en la cruz; y últimamente en el tacto, al traspasarle los piés y manos. (D. Bonav. in exposit. Mis.).

Otros opinan que los tres primeros signos que se hacen sobre la hostia y el cáliz significan la traicion de Judas, cuando vendió su Maestro á los sacerdotes, escribas y fariseos; y los otros dos, uno sobre la hostia y otro sobre el cáliz, son para significar, ó las dos naturalezas, divina y humana, hipostáticamente unidas en Cristo, ó para que entendamos que Cristo fue crucificado con alma y cuerpo. (Durand. lib. 4 de part. 5 Canon).

En la misma oracion dice el sacerdote ciertas palabras históricas y materiales, y

otras significativas, de lo que Cristo dijo é hizo en el dia antes de su muerte, á saber: «Que habiendo tomado el pan en sus santas y venerables manos, despues de elevados los ojos al cielo, á Dios su Padre omnipotente, y de haberle dado gracias, lo bendijó, que despues de partido, dándolo á sus discípulos, les dijo: *Tomad y comed de esto todos: Hoc est enim Corpus meum.*»

Se llaman históricas y materiales todas las palabras que preceden á *Tomad y comed*, siendo estas y las que siguen *Hoc est enim Corpus meum*, significativas y formales por obrar el sacerdote en persona de Cristo. (Div. Thom. 3 part. quæst. 78, art. 5). Mas, á fin de explicar esta oracion, falta examinar si hay alguna diferencia entre la accion de gracias y la bendicion, pues que ambas se diferencian de la Consagracion, como tambien si el pan fue partido despues de la Consagracion.

Tratando santo Tomás esta cuestion, no rechaza la opinion de aquellos que juzgan que en Cristo fue lo mismo bendecir y consagrar; pues primero consagró el pan, despues lo partió para distribuirlo entre los Apóstoles; y aun añade que para defender esta opinion no es necesario inmutar el orden de las acciones que enseñaron los Apóstoles, y el mismo Cánón de la Misa pres-

cribe: *Sed idem sensus haberi potest etiam verbis Evangelii non mutatis.* (D. Thom. 3 part. quæst. 78, art. 1). Otros juzgan que Cristo, despues de tomado el pan, lo partió, que despues lo entregó á los discípulos, diciendo: *Accipite et manducate*; añadiendo en seguida: *Hoc est Corpus meum*; de modo que la consagracion no se hizo sino despues de las palabras *Accipite et comedite.* (Soto, in 4 sentent. dist. 2, q. 1, art. 2). Hay quien opina que la bendicion del pan y accion de gracias, aunque hechas casi en una misma accion, son sin embargo diferentes segun su significacion, pues que la accion de gracias se refiere á Dios, y la bendicion se refiere al pan; y no hay inconveniente en una misma oracion dar gracias á Dios, y pedirle alguna cosa buena para alguna criatura, y concluyen con aquellas palabras *accepit, benedixit, fregit, dedit*, significando que las acciones fueron hechas con aquel orden que los Evangelistas indican, aunque no pudieran verificarse todas antes que Cristo profriese todas las palabras de la Consagracion. (Suarez, in 3 part. tom. 3, quæst. 78, art. 1, disp. 58, sect. 2).

Silvio demuestra que Cristo, despues de haber tomado el pan y haber dado gracias á Dios su Padre, lo bendijó; que despues lo consagró, y dijo: *Accipite et manducate; Hoc est Corpus meum*; y que despues lo par-

tió y distribuyó entre los discípulos. (Sylv. 3 part. q. 78). Cuya opinion parece la mas probable, porque en la Misa primero se consagra el pan, y despues se parte; y es muy verosímil que así lo practicara Cristo.

Siguiendo la doctrina de santo Tomás, vamos ahora á explicar lo que significan estas palabras: *Hic est enim calix Sanguinis mei novi et æterni Testamenti*; como tambien aquellas: *qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*. Cuando se dice: *Hic est calix Sanguinis mei*, es una locucion figurada llamada metonimia, por la que se toma el continente por el contenido, siendo este su sentido: *Hic est Sanguis meus contentus in calice*, del que se hace mencion; porque en él se consagra la sangre de Cristo en este Sacramento (Div. Thom. 3 p. q. 78, art. 3 ad 1); y en el mismo artículo en la respuesta al tercer argumento añade: *Dicitur, Hic Sanguis novi Testamenti*, esto es, que se nos presenta no en figura, sino en realidad; por cuya razon se dice: *qui pro vobis effundetur*. Últimamente manifiesta que se dice *æterni Testamenti*, porque la misma persona de Cristo, por cuya sangre el Testamento se dispone, es eterna. *Pro multis*, cuya palabra, segun el comun modo de hablar en la sagrada Escritura, significa *omnes* (Ad Rom. v), motivo por que decimos que la

sangre de Cristo fue derramada para todos: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi*. Esto es, para todos *quoad sufficientiam*, y para los elegidos *quoad efficaciam*. (Div. Thom. in 4 sent. dist. 8, q. 2, art. 2).

De las acciones que se hacen en esta tercera oracion del Cánón poco hay que explicar. Toma el sacerdote con sus manos la hostia cuando dice: *Accipit panem*; levanta sus ojos al cielo al proferir: *elevatis oculis*; hace sobre la hostia el signo de la cruz cuando dice: *benedixit*; toma con sus manos el cáliz al decir: *accipiens et hunc præclarum calicem*; dirige sobre él la señal de la cruz, diciendo: *benedixit*; cuyas acciones y palabras son históricas, representándonos todo lo que hizo Cristo en el acto de la institucion de este Sacramento. Consagrada la hostia, pone una sola rodilla el sacerdote hasta llegar á tierra, apoyándose con sus manos en el altar para poder con mas facilidad levantarse, haciendo lo mismo despues de consagrado el cáliz, por ser dogma de fe católica que Cristo en el sacramento de la Eucaristía debe ser adorado con culto externo de latría. (Concil. Trid. sess. 13, c. 6).

San Buenaventura, en el tratado de la exposicion de la Misa, cap. 4, hablando del

rito de elevar el Sacramento, dice: «El mo-
«tivo por que en la Misa eleva el sacerdote
«el cuerpo del Señor, manifestándolo á los
«fieles, es para declarar la sabiduría de
«Dios, escondiéndose bajo la especie de pan
«por muchos motivos; pues si apareciere
«en el altar como es en sí, ó como en la
«cruz, muchos, en lugar de recibirle, se
«espantarian y huirían.»

La costumbre de la elevacion de la Eucaristía en la Iglesia latina es del siglo XII, que despues de haber Berengario impugnado la presencia real, dispuso la Iglesia este rito, á fin de que confesasen los fieles públicamente la presencia del cuerpo de Cristo en la Eucaristía; cuya accion es tan admirable como conveniente para la elevacion del Sacramento. (Le Brun, t. 1, p. 1).

Introducida la disciplina de la elevacion de la hostia y cáliz despues de la consagracion, se introdujo tambien la costumbre de tocar la campanilla para excitar los espíritus de los fieles á la oracion. (Guill. Paris. Ep. ap. Card. Bon. lib. 2, c. 13).

Fácilmente ahora se entiende que la materia de esta oblacion era no meramente pan y vino, como los Protestantes pretenden, sino verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor; pues que no se ofreció el pan y el vino sino para ser estos cambiados por una virtud toda poderosa.

es decir, por virtud del Espíritu Santo; y esta es la razon por que este misterio se llama: «la transformacion del Espíritu Santo» (Mis. Goth. 66); y la transformacion del «cuerpo y de la sangre de Jesucristo, por la «virtud de aquel que los crió, que los bendijo «y santificó» (ib. Miss. 7), es decir, que los formó sobre el altar, para estar nosotros con él, dándonos por uno y otro una fuente de bendicion y de gracia. Pués habiendo Jesucristo pronunciado «que se santificaba á «sí mismo para nosotros, es decir, que él «se ofrecia y se consagraba á fin de hacer- «nos santos» (Joan. xvii, 19), no tememos en afirmar que esta santificacion y oblacion de Jesucristo continúa aun sobre nuestros altares; y que esencialmente consiste en la consagracion de la Eucaristía, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII.

DE LO QUE HIZO Y DIJO JESUCRISTO EN LA INSTITUCION DE LA SAGRADA EUCHARISTÍA.

Todas las oraciones de las liturgias al cabo no son otra cosa que una explicacion de lo que los Evangelistas y el Apóstol han dicho en seis líneas: *Jesús tomó el pan en sus sagradas manos, dió gracias sobre de él, lo bendijo...* Los griegos dicen en sus litur-